

## RECENSIONES

**COLIN CROSS:** *The Fall of the British Empire*. Hodder and Stoughton. Londres, 1968, 360 páginas.

En el orden de los cambios políticos mundiales, y la transformación del papel de los grandes Estados y las agrupaciones de naciones durante el año 1969, uno de los mayores fenómenos habrá sido el del cierre del Poder imperial británico. La celebración de la XVII Conferencia de la Commonwealth, que estuvo reunida en Londres durante parte del mes de enero, no arregló de hecho casi ninguno de los problemas que estaban planteados. Desde entonces se vio que sea cual fuere el porvenir de la agrupación de veintiocho países que permanecen dentro del sistema británico, éste acaba de cerrar un ciclo de su evolución. Parece ser el momento de proceder a las revisiones completas de lo que representó, lo que se proponía realizar y lo que fue realmente respecto a su armazón y a los pueblos que lo integraron, primero como partes de un imperio, y después como miembros de una asociación.

Desde los distintos puntos de enfoque de la realidad resultante, y la trayectoria de su formación, apogeo, decadencia y posibilidades restantes, uno de los mejores libros actuales es el de Colin Cross, del cual ha dicho la crítica londinense que es a la vez hábil y juicioso, combativo y desapasionado. Se trata de un periodista de formación netamente universitaria que durante dieciocho años ha estado en contacto personal con las realidades exteriores de la política británica, sobre todo en Africa tropical, el Este de Asia y el Próximo Oriente.

El autor explica la concepción de su obra, contando que sintió el estímulo de escribirla cuando, pasando un día por la avenida Jorge V, en Jerusalén, el nombre de aquella calle le recordó el rápido camino recorrido por el Poder británico desde su momento culminante hasta el declive de hoy. Así, decidió estudiarlo objetivamente para su propia satisfacción; pero con tal empeño de exactitud, que satisface también cualquier necesidad de conocimiento general.

El libro de Colin Cross es esencial para quien se preocupa en uno o en otro sentido, respecto a las alternativas que se presentan para el futuro de Gran Bretaña. Naturalmente, el estudio de lo más reciente se apoya sobre el de lo histórico, a pesar de la dificultad inicial que supone el hecho de que entre los años 1918 y 1966 contar la Historia británica obliga a contar a la vez la mayor parte de la Historia política mundial. Por ello Colin Cross escoge sobre todo dos temas referidos a describir cómo funciona actualmente lo que subsiste del anterior imperio británico y la sucesión de aquellos acontecimientos esenciales que han contribuido a su lenta desaparición.

Respecto a la historia detallada de los territorios componentes del conjunto británico (incluso la misma Gran Bretaña), sus características propias sólo se

## RECENSIONES

van destacando, en tanto que afectaron al imperio y a la mancomunidad considerados como un conjunto. Lo mismo se hace respecto a la exposición de la Segunda Guerra Mundial, en los aspectos relacionados con la evolución de la acción del sistema de Inglaterra.

Fecha clave en todo el relato fue la del 21 de noviembre de 1918, cuando la flota de guerra del imperio alemán se rindió en Cardiff a un crucero ligero inglés. Entonces desde Londres (que era la mayor ciudad existente del mundo), el gobierno británico llegó a controlar aproximadamente la cuarta parte de la superficie de la tierra. El imperio británico parecía haber quedado establecido y consolidado para muchas generaciones. Sin embargo, desde 1947 dicho imperio comenzó a diluirse detrás de la nueva denominación de «Commonwealth», que entonces comenzó a predominar en el uso oficial. Cuando la anterior Secretaría de Estado para los Dominios, pasó a llamarse Secretaría de Estado para las relaciones con la Commonwealth.

En realidad, respecto a los imperativos de los cambios no sólo influyeron las grandes sacudidas políticas y económicas, tanto en la metrópoli como en los países vinculados y los dependientes. También desempeñó un gran papel la evolución del funcionamiento de los órganos del sistema, puesto que en ellos nunca existió una completa fusión, y a veces ni siquiera una completa coordinación. Por ejemplo, del imperio se ocupaban antes de 1947 tres departamentos diferentes. La India dependía del «India Office», y los otros territorios del «Colonial Office»; aparte las relaciones con países ocupados como Egipto, Sudán, etcétera, de los cuales se ocupaba el «Foreign Office». El único sector en que se realizaba una completa unanimidad formal era el de las fuerzas armadas, terrestres y navales.

La principal característica del funcionamiento real del poder imperial británico fue la descentralización. Las funciones de los organismos londinenses, como el «Colonial Office», se ejercieron, sobre todo, en el control de las finanzas de los distintos territorios, y en asegurar sus buenas comunicaciones con la metrópoli. Los gobernantes de las colonias ejercieron poderes casi de vida y muerte en lo humano, aunque administrativamente tuviesen que pedir a Londres la autorización para hacer pequeñas compras. Pero, en general, prevalecían los efectos de unas autonomías gubernativas bastantes flexibles.

Lo más curioso es que la lejanía y la soltura de los poderes gubernativos coloniales despertaban más admiración que simpatía. Así, mientras escritores tan famosos y casi oficiales como Kipling cantaban las glorias imperiales de la «British race», la mayoría de los habitantes de los territorios de Gran Bretaña y sus islas originarias no se ocupaban ni se preocupaban directamente de lo imperial. Colin Cross dice sobre esto; que «*the majority of the British populations ad very little to do with the Empire*», puesto que el funcionamiento del sistema imperial no afectaba a la diaria vida de dichos habitantes.

En el libro de Colin Cross, las etapas de la ascensión, la articulación, la transformación y la decadencia, se explican atendiendo a hechos como el que si el crecimiento de los nacionalismos internos fue la causa mayor de la rápida disgregación, a ello contribuyó el que las propias autoridades británicas coloniales hubieran facilitado muchas veces los procesos de las descolonizaciones, formando a los líderes de las oposiciones; tales como Gandhi y Nehru, por ejemplo; y los principales dirigentes del Africa tropical de expresión inglesa. Y hubo momentos en que las concesiones fueron tan aceleradas, que existieron motivos para preguntarse si la preservación de su imperio fue verdaderamente alguna vez el objetivo preferente de la política general inglesa.

Tanto sobre toda la pasada evolución como sobre el inmediato futuro, la obra de Colin Cross aparece empeñada en conseguir la mayor imparcialidad posible, dejando que el lector decida lo que fue bueno y lo que fue malo en el

## RECENSIONES

pasado sistema británico, más o menos imperial. Aunque el pensamiento más estricto sobre el viejo Imperio es el de saber si verdaderamente existió como tal imperio en el sentido de la palabra.

Cuando en Londres, el jefe del Gobierno, Wilson, anunció que en 1970 todas las fuerzas británicas se habrán retirado totalmente del llamado «Oriente Medio», así como del Asia Oriental (excepto Hong-Kong), hizo que el Reino Unido se transformase de golpe en un simple factor regional de la realidad europea; en un factor europeo sólo local. De todos modos, Colin Cross cree que los gobernantes londinenses han perdido el poder de una libre decisión, y han de hacerse preguntas sobre si Inglaterra tendrá que unirse al Mercado Común (sea en las condiciones que sea), o aceptar la intensificación de las «relaciones especiales» con Norteamérica; o seguir perseverando en el empeño (cada vez más difícil) de una política de balancín entre lo europeo-occidental y lo que queda de la ya casi sólo teórica Commonwealth.

Todas esas alternativas son claramente definidas, abiertamente discutidas y ampliamente documentadas en las páginas de *The Fall of the British Empire*. Y aunque no se dé o no se pueda dar una solución, se presentan todas las realidades sobre las cuales cualquier solución debe estar basada.

RODOLFO GIL BENUMEYA

RICHARD L. WALKER: *El peligró chino*. Chicago, American Bar Association, s. f., X, más 162 páginas.

Estamos ante un estudio patrocinado por la *American Bar Association*, con el designio de salir al paso de los peligros que, para el mundo, entraña la existencia de la China comunista, «un país gigante, con una población enorme, llevado por sus dirigentes hacia un estado de locura». Así se sostiene—en la introducción—por el autor del volumen reseñado, profesor de Relaciones internacionales y director del Instituto de Estudios internacionales de la Universidad de Carolina del Sur.

La monografía aquí registrada comienza por señalar cómo son muy pocas —desgraciadamente—las personas que, fuera de China, se han molestado en sondear los trabajos de Mao Tse-tung y menos todavía las que están al día en los escritos importantes que dan la tónica a las directrices comunistas chinas.

Pues bien; moviéndonos ordenadamente, fijémonos—en primer lugar—en los peligros que supone la presencia de la República Popular China en la vida mundial. De ello se ocupa un primer capítulo (págs. 1-14), rotulado *China, el centro de la preocupación*. En este sentido, nos encontramos con una tremenda realidad: la conversión de China en Potencia comunista y su rápida marcha hacia la consecución de un arsenal de *missiles* y de un sistema de armamentos que le han de convertir en una de las grandes Potencias, no sólo del Lejano Oriente, sino del mundo. Junto a eso, ha de recogerse el hecho de la disputa chino-soviética, con su importante impacto en las relaciones internacionales del Asia Oriental, etc.: aflojamiento de las alianzas, tanto dentro del mundo comunista como dentro del llamado mundo libre; el reforzamiento de los vínculos Pakistán-China Popular, con su influjo sobre la S. E. A. T. O. y la CENTO (en las cuales el Pakistán ha tenido, durante una época, «la posición clave»); los dramáticos cambios producidos en Indonesia en 1965-1966; los movimientos del Japón hacia un papel diplomático y económico—un papel de relieve, se entiende—en el Asia del Este y del Sudeste, etc.

Tras la evidencia del poder de la Potencia china, y las concomitantes mutaciones experimentadas por la arena interestatal, pasemos al enjuiciamiento

## RECENSIONES

del instrumento impulsor de esa preocupación: el régimen. En tal ruta, consignemos que lo primero a resaltar—según ha hecho el profesor A. Doak Barnett, ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado de los U. S. A., en 1966—es cómo «los comunistas han creado un aparato totalitario muy rígido que ha unificado toda la China continental y [que] ejerce el control efectivo de ella» y cómo «han usado ese poder para incitar a una revolución ininterrumpida enfocada a reestructurar la economía [y], la organización social, y a la subversión de los valores de la nación».

Pues bien; el capítulo segundo constituye un llamamiento de atención contra el ambiente de las buenas intenciones, poniendo de relieve el aleccionamiento suministrado por la actuación de los totalitarismos en los años 30 y por la reacción de los que se aferraban a sus esperanzas y preferían no creer que el totalitarismo nazi constituía una amenaza vital para la seguridad de todos, etcétera. Es decir, se trata del *fracaso de los bienintencionados* (págs. 15-26).

Y es en el siguiente apartado donde se traza la concordancia entre la acción de los totalitarismos en los treinta y la del totalitarismo chino (págs. 27-36). (Paralelismo entre la China de Mao y la Alemania de Hitler. Para algunos, discutible. Mas sin posibilidad de desconocerse las semejanzas entre ambas.)

Tras eso, la envergadura del problema de la existencia del régimen de Pekín se aprehende cuando se entra en los detalles aportados por el capítulo consagrado (el cuarto: págs. 37-50) al enfoque de las *realidades actuales* de la China continental. En esta ruta, el autor se refiere a cosas, como «las formidables hazañas de los comunistas chinos»: producción de acero, desarrollo de la industria y de los recursos petrolíferos, etc. Parejamente, subraya cómo, si bien la agricultura siga siendo el punto débil de la economía china, hay la evidencia de que el régimen ha evitado períodos de hambre... Por lo demás, Richard L. Walker reconoce que el régimen comunista ha «transformado a China en una formidable Potencia militar en Asia» (págs. 40-41). En este dominio, la cuestión culmina con la entrada de Pekín en las filas de las Potencias nucleares. Entrada que revela por sí misma el tono de los cambios llevados a cabo por el sistema comunista (vid. pág. 41).

De ahí la explicación de que el autor ponga su interés—en otro capítulo (páginas 51-100)—sobre el punto clave de la configuración de *la República Popular China como Estado totalitario*. Llegados a este extremo, es de recordar que, según el autor comentado, los peligros representados por China no podrán ser esquivados, fácil o simplemente. Lo que nos conduce al siguiente corolario: la exigencia de conocer la naturaleza del totalitarismo dominante en China.

Pues bien; en tal estimación, Mr. Walker se sirve, por ejemplo, de los elementos utilizados por el profesor Carl J. Friedrich para el análisis del totalitarismo: a) una ideología oficial; b) un solo Partido de masas; c) el monopolio de los instrumentos de violencia; d) el control sobre los medios de información de las masas, y e) un sistema policíaco de terror (cons. pág. 52). Sin desdeñar, en tal valoración, el registro de otros aspectos cumbre del totalitarismo, como el rasgo clave denunciado por Z. K. Brzezinski: su «espíritu revolucionario» (vid. págs. 53 y 97). Pues bien; lo notable a recoger aquí es que, a juicio de Mr. Walker, todos los elementos esenciales tipificados por Friedrich se encuentran en la China comunista, y aun otros más. El autor da una panorámica del asunto, yendo desde la falta de freno legal (menosprecio del Derecho y de los derechos individuales y uso arbitrario de la fuerza) hasta la misión revolucionaria mundial, pasando por el nacionalismo arrogante, el culto a la personalidad del jefe, la glorificación de la guerra, el empleo de la técnica de la *gran mentira* en su acción de propaganda, el terror del Estado policíaco, el total control económico, etc.

## RECENSIONES

Y, dentro de la complejidad del problema chino, el capítulo final (páginas 101-111) destaca el punto neurálgico de la cuestión: el peligro de que la República Popular China hace surgir otros problemas y peligros para el mundo exterior.

Interesante resulta la selección de documentos sobre la visión china del mundo (págs. 113-149). Documentos tomados, unas veces, de documentación oficial de la República Popular China, y, otras veces, de la de otros Gobiernos. En ellos desfilan testimonios de la posición de Pekín sobre las organizaciones internacionales, de las relaciones India-China, Indonesia-China, Cuba-China, Unión Soviética-China y otros perfiles (como China y los Estados Unidos, China y las armas nucleares, China y la guerra popular, etc.).

Tras ello, va una escueta nota (poco más de cuatro páginas) relativa a las fuentes de información. Asunto tanto más importante cuanto que existe una enorme masa de materiales al respecto. Es casi imposible enumerar las múltiples fuentes que el investigador tiene, hoy día, a su disposición para estudiar las distintas facetas de la República Popular China. Tal es el juicio de R. L. Walker. Con todo, el autor informa sobre las revistas y las obras más significativas en este fundamental campo de la problemática mundial contemporánea.

Pone fin al volumen un corto índice (menos de cinco páginas).

Un reparo a notar: la pintoresca traducción al castellano...

LEANDRO RUBIO GARCIA

AMAURY DE RIENCOURT: *Los Césares Venideros*, Instituto de Estudios Políticos. Colección «Pensamiento Político», 614 páginas. Traducción de Julio Mediavilla López. Madrid, 1968.

En el prefacio a la edición española se indica que esta obra había salido a la luz pública hace once años. «Once años es un largo período de tiempo, sobre todo cuando en el mismo han ocurrido acontecimientos mundiales de la mayor trascendencia; pero, en conjunto, estos sucesos han confirmado de forma notable las tendencias históricas perfiladas y analizadas en *Los Césares Venideros*».

El análisis del substrato histórico, de lo que hoy son los Estados Unidos, tanto en sus perfiles políticos como psicológicos y sociales, constituye el fondo de esta obra de indudable interés y de rara amenidad, dada la enjundia de los referidos problemas. En la primera parte, de las cuatro en que está dividida, «Europa, la nueva Grecia», se esboza el proceso evolutivo histórico de los Estados Unidos desde que, en los primeros años del siglo XVII, un pequeño grupo de «hombres iluminados» fundara una modesta colonia que había de ser el núcleo de la más poderosa Potencia mundial. En la excelente síntesis psicológica que traza Riencourt de los puritanos destaca la voluntad de hierro que poseían, mediante la cual «impusieron a la naturaleza sus propios planes... firmemente decididos a dominar, mas no a doblegarse ni a adaptarse». Las primeras etapas de la vida de Nueva Inglaterra representan el reverso de lo que ha sido proclamado como el ideal político americano: sufragio limitado a los miembros de alguna confesión religiosa, propietarios y terratenientes. En suma, oligarquía frente a una democracia que algunos de los más notables dirigentes —así, el gobernador de Boston, Winthrop—definían como «la más ruín y la peor de las formas de gobierno». El disidente no tenía más opción que una nueva emigración y la fundación de otras colonias, lejos de los lugares excesivamente congestionados de la costa. Este proceso continuó durante siglos; los

## RECENSIONES

hombres más inquietos procedentes del Viejo Mundo, al negarse a doblegarse ante las oligarquías imperantes en la costa, se lanzaron al interior, donde los inmensos territorios vírgenes les ofrecían gran número de oportunidades. Riencourt ve en este proceso el primer punto de similitud con Roma, donde también se desembarazaban de sus elementos más inquietos, enviándolos a las lejanas colonias del Imperio. Y, a partir de este momento, no cesa de establecer nuevos aspectos de convergencia romano-americana, entre los que destaca la naturaleza predominantemente urbana y comercial de sus estructuras sociales. «No fueron los hombres del campo—dice—, sino las clases medias de la ciudad, las que colonizaron Nueva Inglaterra, y si bien es cierto que la agricultura siguió siendo durante siglos la principal ocupación de sus habitantes, tanto en Roma como en Norteamérica, estos hombres eran ciudadanos-granjeros que miraban hacia la ciudad». En esta sinopsis histórica recalca un hecho «que suele pasarse por alto y que tiene una singular importancia, cual es el de la colonización de Virginia, muchos años antes de que los colonizadores pusieran sus pies sobre el suelo de Nueva Inglaterra». Virginia había seguido una línea más democrática que Nueva Inglaterra, aunque había ido formando gradualmente una aristocracia de terratenientes que acabo por ejercer un dominio absoluto sobre los territorios de la costa. El carácter aristocrático del Sur y el predominio de la religión anglicana en una sociedad que no simpatizaba con el puritanismo de Nueva Inglaterra van determinando, desde un principio, esa oposición Norte-Sur, que cristalizará, mucho más tarde, en una sangrienta guerra. Junto a estos dos ingredientes básicos se ofrece el de los hombres de la frontera, «de espíritu expansionista, que exigían una política más dura con respecto a los indios».

En una segunda fase, «el viejo, tenaz e inflexible puritanismo comenzó a suavizar sus maneras y a diluirse». El tipo predominante en Nueva Inglaterra «no era ya el inflexible puritano, temeroso de Dios, sino el hábil comerciante yanqui». Esta transformación tiene gran importancia en la génesis de la guerra de independencia que, a su vez, trajo como colofón inevitable la democratización. La aristocracia sufrió rudos golpes cuando Jefferson y los liberales de Virginia destruyeron poco a poco sus baluartes económicos. «Los pujantes demócratas americanos mostraron inmediatamente una faceta que habría de convertirse en una constante histórica y que muchos eruditos no tienen en cuenta; su inherente imperialismo. Su primera decisión fue la de anular la proclama restrictiva de 1763 y el Acta de Quebec, abriendo los extensos territorios situados más allá de los Apalaches a la colonización blanca. La expansión imperial y la democracia; he aquí dos conceptos que, aparentemente, son antagónicos, pero que, en realidad, no son sino dos caras de una misma moneda». Se acentúa así la tragedia del pueblo indio, víctima de la colonización. «Los pacíficos indios Cherokees, que vivían dedicados a la agricultura en sus tierras, fueron expulsados de las mismas» (pág. 229). «La excusa de que los indios nómadas no tenían derecho alguno a ocupar las extensas tierras que, a la sazón habitaban, no tenía la validez que pretendía dársele. Los indios Cherokees se habían establecido pacíficamente en los territorios que les habían sido asignados a raíz de la guerra sostenida por el presidente Jackson contra ellos en 1814. Pocos años después, violando los Tratados federales, el Estado de Georgia les expropió de sus tierras y les expulsó de las mismas, al igual que a los Creeks. El Estado de Alabama siguió su ejemplo y confiscó, a su vez, los territorios de los indios Chotawas y Chicasawas» (pág. 234). En esta conducta ve Riencourt otro motivo de paralelismo con Roma—«Norteamérica: la nueva Roma» es el título de esta segunda parte—, donde «los pueblos derrotados eran clasificados en cuatro 'tribus' adicionales, en tanto que los colonos latinos iban a colonizar las

## RECENSIONES

enormes extensiones de tierras confiscadas a sus enemigos». De todo ello concluye que «la romanización y la americanización implican una definida política de absorción y expansionismo».

El autor destaca que fue en la época presidencial de Theodore Roosevelt «cuando América, una vez terminada su expansión interior, empezó a mirar más allá de sus fronteras geográficas y a demostrar un activo interés por los problemas internacionales», interés que, en gran parte, no ha sido nunca compartido por la opinión pública, ni por los grupos de presión, más interesados en la presencia puramente económica en el exterior. «Durante el período comprendido entre las dos últimas guerras, la opinión pública americana fue casi totalmente aislacionista, al igual que lo había sido la opinión pública romana después de las agotadoras guerras púnicas y macedónicas» (pág. 419). El retorno americano al escenario de la política internacional lo sitúa Riencourt en octubre de 1937, con el discurso de Franklin Roosevelt, seguido, pocos años más tarde, de la participación americana en la Segunda Guerra Mundial, que es objeto de un sustancioso capítulo. No obstante, como reconoce reiteradamente el autor, la opinión pública se siente fundamentalmente aislacionista, aunque alguna vez haya cambiado bruscamente de forma de pensar, reclamando una activa participación en los asuntos mundiales, tal como sucedió al término de la pasada contienda mundial. Subraya también la equivocación cometida por Washington respecto a la Rusia Soviética, comparándola a la funesta postura adoptada por Roma respecto a los Partos. «De todo ello se deduce que Europa no sólo está perdiendo sus posiciones exteriores y coloniales, sino que se está convirtiendo insensiblemente en la *protegida* de América, paso éste previo a una futura 'Integración' dentro del marco de un 'Imperio Occidental' unificado». Muy aventurada parece esta profecía especialmente a la luz de los últimos acontecimientos, como la política de Nixon, que tiende a reducir las bases «que América ha ido situando estratégicamente por todo el mundo» y a eliminar la mayoría de los compromisos exteriores, al compás del nuevo auge del aislacionismo. Tampoco parece aceptable la conclusión definitiva que obtiene Riencourt de su denso análisis, esto es, que «la aparición del Cesarismo en América se ha visto favorecida considerablemente por la misma forma de ser de los americanos», puesto que éstos están reprochando a sus dos últimos presidentes, Johnson y Nixon, la implicación bélica en el Vietnam, y mucho menos que «el Cesarismo puede llegar a América por la vía constitucional, sin alterar o anular ninguna de las instituciones actualmente existentes». Las tensiones existentes, desde hace una década, entre la Casa Blanca y las Cámaras, no dejan lugar a dudas de que el Legislativo no admite posturas muy radicales del Ejecutivo. Ciertas afirmaciones—como la que rebate el traductor en la página 518, donde niega carácter europeo a España y Portugal—resulta claramente desorbitada o inspirada en tópicos, más que en una opinión concienzudamente elaborada. No obstante algunos reparos, la obra es interesante y resulta alocucionadora en muchos aspectos.

JULIO COLA ALBERICH

S. ARANA-SOTO: *Defensa de los Capitanes Generales españoles y otros ensayos*. San Juan de Puerto Rico, 1968, 175 páginas.

El ilustre doctor Arana-Soto, que en esta REVISTA ha publicado importantes estudios acerca de la política exterior de Puerto Rico, da una nueva muestra de su infatigable actividad con este meritisimo volumen, en el que se contienen cuatro ensayos.

## RECENSIONES

En el primero de ellos, *Defensa de los Capitanes Generales españoles*, el doctor Arana-Soto efectúa un riguroso y erudito análisis, desvirtuando algunas «acusaciones de nuestros líderes, y aun de muchos distinguidos liberales españoles», vertidas sobre los gobernadores y capitanes generales españoles de la hermosa isla puertorriqueña. Defensa plerórica de sentimiento y de elegancia, muy necesaria, porque, como dice el autor, «es el caso que, para el siglo XIX, tuvieron y tienen los capitanes generales españoles muchos y habilísimos fiscales, cuyas denuncias fatigan aún hoy nuestros oídos, pero no han tenido un solo buen defensor». Muy cierta es esta afirmación, y por ello se acrecienta el mérito de este ensayo del ilustre hispanista que sabe situar la actuación de aquellos gobernantes en el contexto histórico de una época turbulenta, lo que justifica algunos rasgos que pueden aparecer deformados cuando se contemplan a través de un prisma menos objetivo. Arana-Soto comienza por exponer un denso y sinóptico panorama de los acontecimientos desarrollados en Hispanoamérica desde 1803 a 1898, destacando los propósitos expansionistas de los Estados Unidos desde que asume la Presidencia Tomas Jefferson. Este había dicho en 1787 que, «pensando en los mejores intereses de aquel Continente, nosotros debemos cuidarnos de no presionar demasiado a los españoles. Esos países no pueden estar en mejores manos». Más tarde, ya presidente, escribía: «Si la Unión entra en guerra con España a causa de la Florida occidental, los Estados Unidos tomarán Cuba, que, por ser llave del Golfo, nos es necesaria para defender Luisiana y Florida». He aquí enunciada una política que fue seguida fielmente por sus sucesores hasta cumplir los objetivos propuestos. «No pasará un año—escribe Arana Soto—sin que algo le quiten a España». Y en ese marco histórico, destaca la situación de Puerto Rico sometida a todo género de asechanzas. «El período de 1816 a 1826 fue para Puerto Rico una época de temores y asaltos que atrasaron mucho el desarrollo del comercio, de la agricultura y de las industrias... De modo que vivimos en medio de un mar de violencia en donde, aun no teniendo nosotros parte en el choque de tan encontrados intereses, siempre venimos a ser la víctima de asaltos y ataques, de corsarios y piratas y de revolucionarios de toda laya». Fue aquél un período jalonado de constantes intromisiones norteamericanas tendentes a la ocupación. «En 1822 decía el presidente Monroe: 'Cuba y Puerto Rico son apéndices naturales de los Estados Unidos... la anexión de Cuba a la República americana es indispensable para la existencia e integridad de la Unión... Cuba separada de España ha de gravitar necesariamente hacia la Unión Americana, y sólo hacia ella». En 1851 el presidente Fillmore envió una expedición contra Cuba, que terminó en fracaso y que provocó en los Estados Unidos violentas reacciones contra los españoles. Más tarde comienza a funcionar en Nueva York la «Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico», cuyo fin es obtener la independencia de las dos Antillas mediante la revolución. En 1869 el presidente Grant intenta la compra de Cuba y Puerto Rico por la suma de 150 millones de dólares. En suma, toda una política cargada de amenazas hasta llegar a 1898, en que las ambiciones quedan cumplidas por el medio expeditivo de la guerra. Como escribe Arana-Soto, «por la enumeración anterior ya habrá visto el lector que, en realidad, todas estas amenazas de violencia desde fuera o desde adentro son todas partes de un solo movimiento o, dicho de otro modo, vienen a beneficiar a un solo país, el cual, desde su inepción, desde el primer momento, inicia un ingente movimiento expansionista que ocupa todo el siglo XIX y que lo convierte, de unas trece pequeñas colonias entre las montañas Alleghenny y el Atlántico, en lo que hoy son los Estados Unidos de América... Contra este poderoso movimiento imperialista en tanto afectase a esta isla comb parte de España, debía ésta mantenerse alerta, y la responsabilidad recaía en los hombros de los capitanes generales que nos gobernaban. Para poderse desempeñar bien eran necesarias las facultades omnímodas que les fueron conferidas y Puerto



## RECENSIONES

Rico fue gobernado como una plaza sitiada porque, en realidad, sitiado estuvo durante todo el siglo, tanto, que al fin sucumbió». No resistimos la tentación de trasladar el juicio que al eminente historiador le merecen aquellos hombres: «Pero de una cosa no hay duda: los capitanes generales españoles cumplieron a cabalidad con su deber, y lo hicieron en condiciones en extremo difíciles. Antes de abundar en ella dejemos, de paso, dicho que eran estos capitanes generales, en general, hombres distinguidos, no sólo buenos militares de alto grado, sino aún grandes figuras de la política nacional, como don Juan Prim, y hasta, a veces, hombres prominentes en la historia de las letras (como el general Pezuela). No eran, no, estos capitanes generales simples soldados de mayor o menor grado; no eran unos rústicos, ni unos patanes ni unos analfabetos: hasta donde alcanza nuestra información eran, *mutatis mutandis*, muy superiores en conjunto a los gobernadores norteamericanos, militares o no, que nos estuvieron gobernando desde 1898 a 1948». Y más adelante «puede decirse sin temor a equivocarse que mucho hicieron, que demasiado bien lo hicieron, cuando en circunstancias mil veces mejores no lo hicieron mucho mejor los gobernadores estadounidenses entre 1898 y 1948».

Para fundamentar su juicio, siempre ecuaníme y responsable, Arana-Soto se detiene a examinar con mayor detalle la actuación del general Laureano Sanz, «tenido por el peor de los capitanes generales», para concluir, finalmente, que «en realidad, en tales circunstancias no lo hizo mal Sanz; difícilmente lo hubiese hecho bien nadie; y esto que digo de Sanz, el de peor fama de los capitanes generales, bien se puede aplicar a todos; si queda justificado Sanz, quedan justificados todos. Yo, por mi parte, al decir esto, siento la gran satisfacción de contribuir a la medida de mis fuerzas a deshacer un grave entuerto y a poner un poco de orden y de claridad en la mente de mis compatriotas». Así termina este ensayo que, dentro de su brevedad, constituye una pieza maestra en el tema y digna, por todos los conceptos, de que sea ampliamente difundida.

El segundo ensayo, «Nuestra interpretación del siglo XIX puertorriqueño», revela perfiles originales sumamente atractivos. Arana-Soto logra el raro acierto de condensar en unas breves páginas un cuadro, completo y acabado, de ese siglo tan fecundo en acontecimientos. Una prosa fluida y sugerente actúa a grandes pinceladas hasta hacer resaltar los aspectos más importantes de lo que, como afirma, «en realidad fue un gran siglo para nosotros, *un gran siglo nuestro español*, en el curso del cual, con la ayuda y bajo la dirección de España, adelantamos nosotros más que ella misma y que el resto de la América ibérica, incluyendo a Cuba».

El último ensayo, «El prebiscito celebrado en Puerto Rico», constituye el apéndice de los interesantes trabajos publicados por Arana-Soto sobre este tema en esta REVISTA y que son conocidos por nuestros lectores.

JULIO COLA ALBERICH

